

teatro latinoamericano en un acto



Edición: César Ramos
Diseño: César Mazola
Cubierta: Orlando Díaz
Corrección: María Regla Villa
Selección: Carlos Espinosa

ENRIQUE BUENAVENTURA (Colombia, 1925). *Teatrista, profesor y dramaturgo. Fundador del Teatro Experimental de Cali, grupo con el cual ha dirigido numerosas obras. Es autor, entre otros textos, de En la diestra de Dios Padre, El convertible rojo, Los papeles del infierno, La tragedia del Rey Christopher, Ópera bufa e Historia de una bala de plata, esta última ganadora de uno de los Premios Casa de las Américas en 1980. Ha representado a su país en varios eventos internacionales.*



CASA DE LAS AMÉRICAS
3RA. Y G, EL VEDADO, LA HABANA, CUBA

LA ORGÍA

PERSONAJES:

VIEJA
EL MUDO
MENDIGO 1
MENDIGO 2
MENDIGO 3
ENANA

(Sentada en un viejísimo sillón ante un espejo, la Vieja se acicala; a los dos lados del sillón, dos montones de ropa que fue fina y elegante años atrás.)

VIEJA

¡Yo qué sé dónde la escondiste! ¡Siempre la escondes en los sitios más raros y me acusas a mí de habértela robado! ¡Siempre la misma cosa! ¡Dios nuestro que está allá y nos ve sabe que no te robo la plata! ¡Quién sabe dónde la metiste, avaro! ¡Te come la avaricia! *(Pausa. Vuelve a acicalarse. Su hijo, el Mudo, gruñe furioso buscando por todas partes. Se dirige al público y acusa a su madre de robarle lo que él gana lustrando zapatos.)* Además, si utilizo algunos centavos no me los robo. Tengo derecho a ellos porque lo he engendrado, parido y criado y sostenido del todo al todo. Soy su madre. *El Mudo se vuelve donde ella y le reclama, de nuevo, la plata.*) Lo que pasa es que estás celoso. ¡Estás celoso! Celos... celos, te comen los celos. ¿Cuánto hace? ¡Ay, deja eso de la plata! ¡Óyeme! ¡Qué va a oír! ¡Es sordo como una tapia! ¡Dios me castigó con esta carga! ¿Cuánto hace? ¿Treinta... cuarenta años...? ¿Cuarenta y cinco? Cuarenta y siete tal vez... Tú estabas igualito, naciste así. *El Mudo le hace señas de que le robó treinta y cinco pesos.*) ¿Treinta y cinco? ¡No es cierto! Te saqué veinte infelices pesos para la orgía

de los treinta. ¡Veinte miserables pesos, mudo de mierda!
¡Ahora va a decir que él es el que me sostiene! Si no fue-
ra por la generosidad de ellos, sí, sí de esos que odias,
de esos que te dan celos, me moriría ingrima en esta maz-
morra. *(Pausa. Vuelve a acicalarse. El Mudo gruñe con
una rabia impotente, le hace señas de que la mataría, de
que le torcería el pescuezo.)* Serías capaz. Serías capaz.
*(Pausa. Sigue acicalándose, peinando pomposamente sus
grises cabellos.)* ¿Cuánto hace? ¿Cincuenta años tal vez?
¿Cincuenta ya? No te robé treinta y cinco, tomé veinte
para la orgía de los treinta. Hoy toca orgía. Y no me di-
gas nada. Hablas mucho. *(Pausa.)* Qué va a hablar. Es
mudo como una piedra. *(Pausa.)* Tu padre, míralo. *(El
Mudo sonríe beatífico. Tiene veneración por el padre. Con-
templa el retrato. Su rabia se evapora.)* Era el hombre
más hablador del mundo. Cómo se le movía el bigote...
Todavía se le mueve, me parece. *(El Mudo gruñe.)* Hasta
de él tienes celos... ¿Cuánto hace? Pongamos cuarenta
justos. *(Hace un verdadero strip-tease mientras habla. Se
cambia de vestidos viejisimos, a punto de deshacerse.)*
El príncipe heredero me besó la mano en el tren, en Ar-
gentina. A ver, a ver, ayúdame. ¡Hazlo por tu padre! ¡Él
adoraba esta historia! *(Lo acaricia, lo aplaca y lo con-
vence.)* Estás allí. Vamos en el tren. *(El Mudo sonríe.
Le gusta el tren. Lo imita.)* Por la ventanilla se ve la pam-
pa. ¡Toda la pampa! El príncipe heredero hace su primer
viaje a Suramérica. Viene a mi recámara. ¡Enderézate!
El príncipe heredero parecía haberse tragado un para-
guas. ¡Junta los talones! ¡El príncipe heredero parecía que
llevará una alverja entre las nalgas. *(Le quitó la mano
que el Mudo torpemente trata de besar. El Mudo se aga-
rra desesperadamente a la mano y lucha por besarla.)*
¡Quita! ¡Quita imbécil! ¡Ahora vienes con zalamerías!
¡Avaro! *(El Mudo se enfurece. Agarra una olla que está
en una mesa, al fondo.)* La comida. Deja allí la comida.
Deja allí la comida de la orgía; la compré con mi plata.
Con mi plata mía. ¡Ay, Dios mío! Dios mío, ¿por qué me
diste este castigo? ¡Con él pago mis culpas, señor! ¡Mea

culpa! ¡Mea putísima culpa! *(El Mudo deja la olla y se le
acerca. Se arrodilla junto a ella. Se echa lentamente la ben-
dición entre gruñidos tiernos. Coloca la cabeza en la falda
de ella. Empuja como si quisiera volver al vientre. Ella
lo acaricia, sonríe.)* Quisieras volver a entrar allí, ¿no?
Te gustaría arrodelarte otra vez aquí dentro. *(Se toca el
vientre.)* Y cuando estabas allí pataleabas por salir. ¡Así
son los hombres! ¡Se pasan nueve meses luchando por
salir y toda una vida luchando por entrar! *(Ríe. Ríe hasta
las lágrimas.)* Bueno. Bueno, tranquilízate. No me abrases
tan fuerte que se me despierta el diablo. En lugar de tanto
amor deberías ser más generoso. ¡Levántate! ¡No gru-
ñas! Tienes que ir donde Jacobo, donde Pedro, donde...
No refunfuñes ni gruñas. Nada de celos. Ya no hay na-
die, querido mío. Ya no tengo diablo. Mi viejo diablo es-
tá requete viejo y dormido. Sólo oigo de vez en cuando
sus estertores. Y los diablos de ellos están dormidos tam-
bién. Pedro, Juan, Jacobo, Augusto, Hugo, Alberto, Luis,
Nicolás, Santiago, Ángel, Norberto y Filiberto y los muer-
tos, que en paz descansen. Ya no hay nada de lo que tú
mirabas por las rendijas. ¡Ah! ¡Picaro! Te gustaba mirar
a tu madre. Te gustaba ver esas cosas, ¿no es cierto? Ya
sé lo que odias, pero tienes que ir donde ellos y sacarles
plata. Como tú eres tan avaro, tengo que mendigar la ayu-
da de ellos. ¡Yo también soy una mendiga! ¡Como mis
mendigos! Como mis mendigos de la orgía de los treinta.
Los que tú odias. *(El Mudo le hace señas de que se gasta
la plata con esos asquerosos. Los escupe, escupiendo hacia
el público.)* Es mi plata, me la gané yo. Me la gané yo,
me la gané yo cuando era yo y me la sigo ganando como
recuerdo. *(Él hace señas de que no es cierto, de que todo se
lo roba a él. Se voltea los bolsillos al revés para indicarle
lo que ella hace.)* Eres un avaro, un maldito avaro. Si,
gasto la plata con los mendigos, me divierto con los men-
digos. Tengo derecho a divertirme. Vete, vete a buscar la
plata. A lustrar todos los zapatos del mundo. Vergüenza
de tu madre, ¡vete! *(Lo amenaza con la escoba. El Mudo
escapa riendo y jugando con ella. La Vieja se sienta, can-*

sada en su viejísimo sillón. Pausa.) Jacobo, ¿eres tú? ¿Sabes? El príncipe heredero del trono de Inglaterra, por allá, en la época de la primera guerra hizo su primer viaje a Suramérica. ¡Y el último! ¿Cómo quieres que venga a esta horrible Suramérica de hoy? Ibamos en el mismo tren... Yo tenía un vagón-lit, todo para mí... por la ventanilla se veía la pampa y... el tren... Poca plata, poco peso, poca plata, poco peso. (Acelera hasta el paroxismo.) Pero esc costaba... (Empieza rápido y va terminando lentamente hasta la relajación completa...) Mucha plata, mucho peso, mucha plata, mucho peso... shshshshshsh... (Como si la locomotora largara el vapor.)

MENDIGO 1

Alabado sea Dios.

VIEJA

¿Llegaste? ¿Dónde estabas, viejo sarnoso?

MENDIGO 1

No estoy bien... el pecho... (Tose, escupe en un trapo ensangrentado.)

VIEJA

Déjate de darte ínfulas. No tienes derecho a contraer enfermedades tan delicadas. En mi tiempo era una enfermedad distinguida. Ahora hay mucha igualdad.

MENDIGO 1

Si por lo menos se comiera en estas orgías de los treinta, me iría mejor. ¡Por lo menos una vez al mes!

VIEJA

Se trata de una velada espiritual. De un recuerdo. No permitiré que la manche el materialismo de estos tiempos.

MENDIGO 1

Hoy cobro un peso con treinta.

VIEJA

¿Por qué?

MENDIGO 1

Vivo más lejos; tengo que tomar bus.

VIEJA

Jacobo iba en coche. Berlina inglesa.

MENDIGO 1

¿Quién?

VIEJA

Vistete. (El flaquísimo mendigo se desnuda. Tirita. Escoge en uno de los montones de ropa una vieja camisa de pechera con boleros y se la pone. Tose.) No vayas a ensuciar la ropa de Jacobo. (El mendigo se pone el saco-leva comido por la polilla. Los pantalones, todo le queda grande. Se pone el cubilete pero no le entran los guantes. Tiene los dedos torcidos por la artritis.) Jacobo, te has empequeñecido... Ah, querido, acomódame la silla. Recoge esa cortina, que no veo bien... Pásame los binóculos... ¡Por Dios, viejo sarnoso! ¡Métete los guantes por el culo pero no les des más vueltas, me vas a marear!

MENDIGO 1

No entran.

VIEJA

No hables.

MENDIGO 1

(Con rabia.) ¡Pero es que no me entran!

VIEJA

Cállate.

MENDIGO 1

¡No me grite! (Tira los guantes al suelo.)

VIEJA

¿Quieres irte sin orgía? ¿Quieres perder tu limosna? (Grita.)

MENDIGO 1

(Humilladísimo.) No, no, señora.